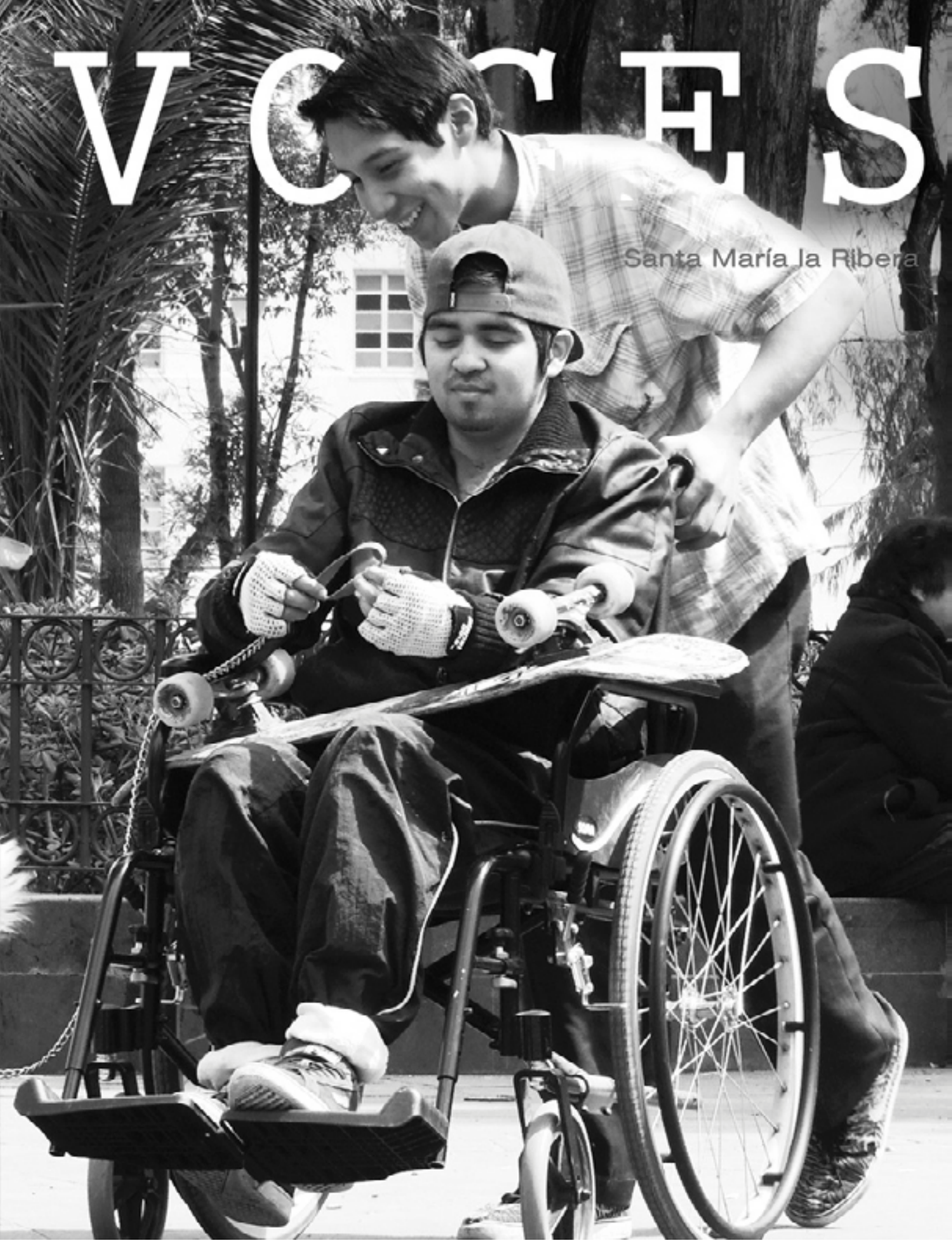


VOCES

Santa María la Ribera



VOCES

Santa María la Ribera

Postal de barrio

Se dice que no hay nada que se conozca mejor que el propio barrio; en realidad, el barrio nunca se termina por conocer. Y esto, porque al mismo no lo hace su ubicación en el trazo urbano; sus límites escapan de la superficie de un mapa.

A punta de caminar y conversar, recorrer y preguntar, andar y detenerse, Voces va trazando ese otro barrio: aquel que no entra en el cliché, aquel que se resiste a ser catalogado de “color local”, aquel que ve a su memoria escribirse, borrarse, contarse y volverse a escribir; aquel que se reconoce en calles, negocios, personas, rutinas, colonos y vecindados, y que al mirarse encuentra que lo conocido devuelve pequeños rasgos y gestos completamente nuevos.

En este tercer número, el diálogo con la Santa María es, ante todo, el diálogo con el barrio y la imagen que éste tiene de sí mismo. El barrio se despliega entonces como el resultado de una serie de relaciones y dinámicas, no exentas de conflicto, que son las que lo singularizan. Ser del barrio es ante todo una vivencia y convivencia, es decir, el pertenecer no está dado por el nacimiento en el lugar sin más, sino por la historia personal y compartida que se construye en las rutinas, los saludos, los problemas comunes, los procesos de gentrificación y su resistencia a los mismos, las iniciativas personales que buscan recuperar el sentido colectivo, los apodos, los sabores que se reclaman como propios y en los lindes en los cuales una colonia se cruza con otra, en esa zona imprecisa en la que las identidades se pierden y encuentran.

El barrio de la Santa María: se sabe uno y a la vez múltiple y distinto.

Brenda J. Caro Cocotle
Centro de información y documentación
Museo Universitario del Chopo
Julio 2015

Mariana Ampudia

Julio Cárdenas

Nelly Carrillo

Mirna Castro

Colectivo URBE

Alejandro Gómez Arias, “Meme”

Diego Martínez

Israel Martínez

Daniela Moreno

Rogelio Nobara

Ricardo Pineda

Leonardo Santiago

Mónica Sorroza

Karina Torres

Iker Vicente

SALÓN PARÍS

UNA PELUQUERÍA CON GRAN HISTORIA

Israel Martínez

Felipe Ponce Hernández, mejor conocido como el *Chino*, espera leyendo el periódico, revisando pacientemente las distintas secciones y hurgando en las noticias que han llegado esta mañana hasta el Salón París. Sintoniza la radio en busca de música de orquestas, esto le permite estar siempre en el tono adecuado para recibir a quien desee realizarse un corte de cabello, un arreglo de barba o bigote, o simplemente, pasar a saludar y compartir fraternales minutos de charla con él.

A punto de comenzar mi corte de cabello le pregunto al *Chino* sobre la historia del Salón París. “La peluquería abrió en 1926. Se encontraba a la vuelta, sobre Salvador Díaz Mirón casi llegando a Mariano Azuela; pero después el maestro, mi patrón, Genaro Sierra Reinoso, decidió cambiarse para acá, al número 146 de la calle Enrique González Martínez. Él es todo un personaje, aún vive, y de hecho se retiró de la profesión hasta después de setenta y cuatro años de dar servicio, inició con su labor a los catorce años”. El *Chino* detiene momentáneamente su relato para preguntarme con qué número va a pasar la máquina para rapar los costados -recuerda perfectamente cuál es el corte que he elegido los últimos meses-. “El maestro hizo cortes hasta que le permitió la edad”, continúa, y remata socarrón: “Ya al final le mochaba la oreja a los clientes, nomás faltaba el rabo para que lo sacaran en hombros”. La frase explota la risa no nada más mía, sino de dos colegas del *Chino* que pasan brevemente a saludar.



El rugir de la máquina nos hace incrementar el volumen de la conversación. “Mi patrón fue compañero de escuela y amigo de José Alfredo Jiménez; en esa fotografía están los dos en un partido de fútbol, es en sexto de primaria”. Ante suculenta información trato de indagar ahora en la historia del *Chino*, preguntándole cómo es que llegó a laborar al Salón Paris. “Yo aprendí mi trabajo en Zacatlán, Puebla. Trabajé dos años como peluquero y comencé porque me llamaba la atención la rasurada de barba, todo el proceso: la felpa caliente, el jabón, la rasurada con navaja libre; cuando se ponía loción astringente para sacar el acné, quitar grasa, a veces incluso se ponía una mascarilla de barro, durante veinte minutos. Para quedar listo se llevaba hasta dos horas. La gente iba al salón porque no había forma de rasurarse en casa, también a los baños públicos, que siempre tenían salón de belleza, pero avanzó la tecnología y ahora todo lo hacen en su hogar”. En cuanto a su llegada al barrio: “Nací en Tulancingo, Hidalgo y llegué hace cincuenta años a Santa María la Ribera para trabajar con el maestro Genaro. Venía recomendado por mi trabajo anterior, y ahora ya tengo cincuenta años laborando en el Salón Paris. En un principio viví también en Salvador Díaz Mirón, pero ahora estoy en Ixtapaluca, voy y vengo diario”. Este 10 de julio el *Chino* cumplirá setenta años; dice en broma que llegó muy pequeño al barrio, que las mujeres abusaban de él. Le pregunto si ya no y responde con el carisma que le caracteriza: “Ya no me dejo, ya aprendí”. La música de las sonoras ha creado una atmósfera especial para nuestra charla y, afortunadamente, el *Chino* ha dejado la máquina para continuar el corte con tijera.



“Me fui del barrio porque la finca en la que vivía ya estaba en problemas legales, es común en muchas casas y edificios hasta hoy”. Coincidió por lo que he visto a lo largo de muchas caminatas que he tenido en el barrio, así que le pido al *Chino* que se extienda un poco más en su percepción sobre la Ribera. “El barrio ha cambiado, su movimiento; antes era como un pueblo, todo mundo se saludaba, nos conocíamos, era una de las colonias más bonitas del Distrito Federal; vivían artistas y divas, toreros, compositores, algunos me pasaban a saludar o hasta comida me traían. Se hacía una romería en la Alameda, venían orquestas a tocar. Después llegó gente nueva y entró algo de delincuencia, aunque ahora se siente más tranquila, pero aún hay algunos ‘monstruos’, los que le ayudan a los ladrones. Al menos se conservan algunas casas bonitas porque les dan mantenimiento”.

Le pido al *Chino* que me deje la patilla donde termina la oreja y aprovecho para preguntarle desde cuándo tiene estos precios, meramente accesibles: cuarenta y cinco pesos un corte o un arreglo de barba o bigote, y cuarenta pesos el corte a niños. “Esos precios se han mantenido desde hace diez años. Es porque entendemos la problemática económica y tratamos de dar apoyo a los vecinos. Además, ellos también nos apoyan, hay clientes que regresan continuamente aunque ya no vivan en el barrio. Les gusta venir y dejarse consentir. Eso nos ayuda pues ha bajado el negocio con la salida de tantas estéticas, pues se divide el trabajo y no alcanza como antes. Hace cuarenta años se hacían colas para entrar al Salón en sábado, pero ahora nuestros clientes son, generalmente, con quienes hemos conservado la amistad, los que le dicen a sus hijos, a los nietos incluso”. El *Chino* dice que hay clientes hasta de cuatro generaciones y las familias de algunos personajes siguen asistiendo, como es el caso de la del Dr. Mariano Azuela, de quien conocimos a su bisnieto, Jacobo, tratándose su barba en las manos expertas del *Chino*. El músico Miguel Ángel Silva, alias el *Melón*, del grupo Lobo y Melón, llega cada mes a cortarse el cabello y así otros personajes que seguramente los más jóvenes no reconocemos.

Casi a punto de terminar le pregunto al *Chino* qué es de lo que más le gusta hacer dentro de su labor. “El corte de barba es una de mis especialidades, arreglar la barba, el bigote. Ahora está de moda que llegan jóvenes con una barba gigante a que se las arregle, a quitarles volumen, darle forma. Al amigo Manzano (nieto de Manuel Manzano) le puse el *Bin Laden*, porque tiene una barba muy grande”. Esto me hace reflexionar cómo algunas modas retrospectivas se vinculan con las prácticas netamente tradicionales; me surge la duda sobre si hay forma en que beneficien, más allá de perjudicar. Supongo que es una interrogante genuina y pertinente, en un momento en que Santa María la Ribera está siendo tomada por el fenómeno del aburguesamiento (o *gentrificación*), las rentas ya se incrementaron y progresivamente irá cambiando de forma más evidente el ambiente del barrio.

Mi corte está listo, pero, como melómano, no puedo retirarme sin ahondar en la música del Salón Paris. “Me gusta poner ‘La hora de las sonoras’, de tres a seis de la tarde; ‘La hora de la Matanzera’. Esa música quedó como la buena, le gusta a mucha gente, ambienta el salón, relaja. Los sábados en la tarde hay un programa llamado ‘Café Danzante’, con pura música instrumental de las grandes orquestas”. Agradezco la conversación y me despido momentáneamente del Salón. Afortunadamente mi cabello crece muy rápido y pronto estaré de nuevo siguiendo la charla con el *Chino*, Felipe Hernández Ponce, peluquero y entrañable amigo.



MI VERDE MORADA

ENTRE LIBROS, BICIS Y HUERTOS

Mirna Castro

La historia de Santa María la Ribera se remonta a 1860, cuando comenzaron los planes de su construcción; para 1900 la forma de la colonia había sido definida, pero fue hasta 1925 que quedó completamente construida. En el número 79 de la calle Eligio Ancona nos encontramos con parte de una casona edificada en 1901. La casa original era especular, es decir, tenía forma de herradura de caballo, reflejando ambas partes de la casa; ahora se encuentra en restauración para uso de vivienda y de espacio cultural abierto para todo el barrio.

En el primer número de *Voces. Santa María la Ribera*, escribí sobre el colectivo Enchúlame la Bici, un taller comunitario dedicado a reciclar y armar bicicletas personalizadas. Dicho proyecto fue el primero de tres que albergaría Mi Verde Morada. A casi un año de la primera publicación, regresé a conocer los otros dos proyectos, ya activos. Conseguí el contacto de Francesca Gargallo, doctora en Filosofía y actual co-propietaria de la casa, quien amablemente me abrió las puertas entre polvo y andamios, lo que reflejó inmediatamente el trabajo que se está realizando para la restauración del inmueble.

Sin saber muy bien hacia dónde nos conduciría la entrevista, Francesca me llevó a conocer cada habitación de la casa, lo que me permitió descubrir que no sólo eran dos proyectos los que tenía que atender, sino varias ideas que se están gestionando alrededor de ellos. Comenzamos con un enorme salón lleno de cajas; dentro de ellas se encuentran alrededor de ocho mil libros. Este espacio será dedicado a una biblioteca, con libros del doctor Horacio Cerutti, la maestra Sandra Escutia y la misma Francesca, y estarán a disposición de cualquier persona para proponer una reflexión colectiva sobre fenómenos de participación en América y el feminismo, particularmente latinoamericano. “Anteriormente la casa había sido una fábrica de bolsos de plástico. Aquí dentro era una de las pocas partes donde llovía menos, pero tuvimos que reforzar el techo. Éste era el cuarto menos arruinado, aunque aún se tiene que trabajar para dejar el espacio adecuado para los libros, porque no debe entrar polvo”, me comenta Francesca.

Salimos y pasamos a otro cuarto, la sala-comedor del espacio personal de Francesca, donde pretende instaurar una especie de foro para “teatro en casa”. Seguimos caminando y llegamos a la cocina, ahí conocí a Vicente, albañil encargado de las reparaciones de la casa. En el cuarto de al lado estará un baño y gracias a él descubrieron algo muy peculiar de la construcción. “El día que decidimos hacer el baño, conocimos la mayoría de los problemas de los edificios de finales del siglo XIX, principios del XX: tienen daños estructurales no por cómo fueron construidos, sino porque en la década de los cuarenta, por desconocimiento, comenzaron a rellenar los sótanos. Éste relleno de cascajo permite que suba la humedad y el salitre provocando los daños; estas casas antiguas estaban construidas para que hubiera filtrado de aire y nunca pasara la humedad”.



Continuamos el recorrido por los dormitorios de los habitantes, mientras Francesca comenta que no es tan cierto aquello que dicen los arquitectos de que es más fácil tirar y volver a construir que reconstruir una casa, ya que en este tipo de inmuebles no sólo se tiran muros y techos, sino que se destruye parte del patrimonio histórico de un lugar. “Tirar y construir casi siempre cumple con los objetivos de un gran capitalista, representa menos gasto pues contrata a ‘hombres máquinas’, es decir, no conocen a las personas que contratan, los maltratan pagándoles lo menos posible y sobre todo, no tienen ningún trato con ellos. En cambio, rehacer una casa implica un diálogo de conocimientos. Con Vicente hablamos sobre todo lo que vamos a hacer y en ocasiones un arquitecto viene y nos enseña a los dos, lo que se convierte en un trabajo como proceso de humanización en las relaciones personales”.

Seguimos y llegamos a la habitación de Gladys Tzul Tzul, estudiante de doctorado que lleva cuatro años viviendo aquí, como parte de una especie de beca de vivienda que Francesca, junto con su hija, ofrecen a estudiantes, mujeres e indígenas de la región mesoamericana. Al pasar por ahí Francesca agrega: “Una casa vieja es como una persona anciana, te puede contar muchas cosas y no está ahí para ser tirada; desde la vida hasta nuestras creaciones más sublimes todo tiene un fin, sin embargo, mientras estamos aquí somos seres históricos, todo nos habla, estos muros nos dicen cómo se vivía, los errores que se hicieron en la construcción, después de ella y, probablemente, los que seguimos haciendo nosotros. Pero también nos dice los aciertos. Cuando descubres los aciertos humanos es muy rico, te da mucha seguridad”.

Así continuamos hasta llegar a la azotea donde se lleva a cabo el tercer proyecto formal de la casa, VER-D, un espacio de agricultura urbana, a cargo de Claudia Chávez, vecina de Santa María la Ribera, en el cual se imparten talleres y asesorías para instalar tu propio huerto en casa; asimismo, ofrecen productos orgánicos realizados por los vecinos de la colonia y los mismos habitantes de la casa. Haciendo uso del término “azotea verde”, la huerta funciona con placas solares. De igual forma se construyeron calentadores de agua caseros. En el huerto se pueden encontrar distintas variedades de lechugas, hortalizas, hierbas aromáticas, flores comestibles, jitomates, rábanos, entre otras variedades. Todo se siembra en tierra y se fertiliza de forma natural; Claudia produce el fertilizante. Con esta iniciativa ecológica, los habitantes de la casa y los que pasan por ahí han aprendido a reciclar toda la basura orgánica, y dentro de la casa se produce abono para venta al público.

Para concluir la visita Francesca me explicó: “Mi Verde Morada contiene tres espacios habitacionales y tres proyectos colectivos de producción: biblioteca, bicicletas y agricultura urbana. Siempre nos ha gustado el barrio. Cuando mi hija tenía como cuatro años vivíamos en la Condesa, pero veníamos acá ya que en el kiosco siempre se han desarrollado una serie de actividades que en ningún otro lado hemos encontrado. Sin embargo, es un barrio mucho menos verde. El gran drama de la colonia es que fuera del kiosco no tiene un parque; necesitaríamos exigir que ciertos espacios no sean dados a empresas constructoras sino sean convertidos en áreas verdes, muchos pequeños jardines podrían cambiar la dinámica de encuentro. En fin, a pesar de que era menos verde, las actividades que se hacían en el kiosco eran mucho más inteligentes, estaban más asentadas en proyectos educativos que involucraban a las niñas y a los niños con la realidad urbana. Cuando fundamos, unas compañeras y yo, el CICAM (Centro de Investigación y Capacitación de la Mujer) hace veintisiete años, lo fundamos aquí; teníamos nuestra sede casi frente al Museo Universitario del Chopo. Es un barrio cohesionado, hay muchos proyectos; la gente está feliz de vivir aquí, le gusta su barrio”.

Ante estas ideas, le pregunto a Francesca por qué considera necesarias más áreas verdes, además de las azoteas: “Digamos que las azoteas verdes sí limpian el aire de las casas, pero no son un punto de encuentro; el parque no sólo tiene una función de limpiar el aire, tiene una función de socialización, de un encuentro que no pasa por la mediatización del dinero, por lo tanto es espontáneo, rompe con las divisiones de clase, es decir, los niños de cualquier sector económico juegan bajo el mismo árbol y considero que eso es muy importante también, porque esta es una ciudad que va hacia ciertas discriminaciones de clase que son geográficas. Hay que fortalecer la calidad del barrio, la calidad del diálogo interclasista”.



INFORMACIÓN A PRIMERA HORA

Con la publicación de las primeras gacetas de la Colonia, surgió la necesidad de distribuir información de manera impresa; sin embargo, no fue hasta inicio del siglo XX que se creó la Unión de Expendedores y Voceadores de los Periódicos de México, un grupo organizado para salir a las calles a ofrecer las publicaciones diarias. Con los años, repartir la información ha cambiado; no todos los voceadores siguen sorteando entre carros y transeúntes, la mayoría cuentan con un puesto fijo donde además del periódico del día ofrecen otro tipo de publicaciones. Así, nos encontramos con el puesto de la familia Cruz Martínez, en la esquina de la calle Naranjo y Ribera de San Cosme, uno de los más antiguos en el barrio.

Su labor comienza alrededor de las cinco de la mañana, cuando don José sale al expendio por los periódicos para llevarlos al puesto, mientras que doña Carmen llega a abrir esperando las publicaciones “calientitas”. La historia de Carmen Martínez Luna nos remonta a la década de los cincuenta, en una Santa María la Ribera diferente a la que hoy en día conocemos, una colonia más unida, según nos platica. Ella nació en el barrio, en el multifamiliar de Jaime Torres Bodet número 25. Actualmente, y con poco más de cien años, el inmueble alberga a más de setenta familias, dividido en dos secciones con un par de patios grandes que sirven como punto de encuentro entre vecinos. A sus sesenta y dos años, doña Carmen pertenece a la Unión de Voceadores desde hace veinticinco, cuando contrajo matrimonio con don José, el cual lleva más de cincuenta años como voceador y casualmente se inició en el oficio tras la muerte de Pedro Infante, aún siendo un niño. Sin duda, es un trabajo arduo con jornadas de más de quince horas, y se podría considerar al voceador como el último eslabón en la cadena de la información, una posición medular, pues es quien tiene contacto directo con el lector, con el que puede dialogar y hasta cierto punto convencerlo de que se lleve un periódico o una revista en particular.

Ofrecer la información, nos comenta doña Carmen, es un oficio del cual disfrutaban tanto ella como su esposo. Y no sólo eso: leer los periódicos, interactuar con la gente hablando sobre las noticias del día, mantenerse informados, todas estas son ventajas que deja tener un puesto de revistas y periódicos. Sin embargo, como todo negocio, se ha visto afectado por diferentes factores, entre ellos el desarrollo tecnológico, pues las noticias ya no son solamente impresas, ahora llegan por todos lados, por lo que es un tanto extraño que el país siga desinformado cuando hay tantos medios. La prensa digital hizo que bajara el número de ejemplares que se vendían, y se volvió necesario buscar alternativas para sacar su negocio adelante, por ejemplo, ofrecer algunos productos ajenos a la prensa. Dependerá de nosotros, como lectores, que sigamos apoyando para que este tipo de comunicación se preserve en nuestra sociedad.





CARTULINAS Y PAPELES ESPECIALES

Mirna Castro



aquí ya tengo treinta y cinco años. Me gusta mi trabajo, tratar con la gente; conozco a muchas personas de la colonia aunque no sean clientes frecuentes, porque toda la vida he vivido aquí. Ya voy a cumplir sesenta y cinco años, y llegué a la Ribera cuando apenas tenía cinco.

Se puede decir fácilmente, pero imagino que no ha sido sencillo mantener un negocio como éste por tantos años, ¿me puede contar la historia del lugar y el secreto para hacerlo funcionar por todo este tiempo?

Esta papelería nos la traspasaron los señores Pinal García. La antigua dueña nos contó que abrió porque quería poner algo nuevo, diferente a las demás papelerías, así que en sus inicios se especializaba en materiales para dibujo: restiradores, papeles, albanene en todos los grosores, cartulinas para acuarela, para óleo y todo eso. Todo lo que mencioné aún se vende, pero como se ha ido desplazando por la tecnología, ahora también somos una papelería escolar. Hemos sobrevivido con muchos sacrificios.

Si su negocio ya no funciona como antes ¿por qué seguir con él?

¿Qué es lo que la atrae de trabajar en esto?

Uno tiene que cuidar mucho el dinero, la inversión, saber qué es lo que se necesita, qué no funciona. Yo todavía estoy aquí porque a mi edad trabajar en otra cosa no es posible. A veces representa un sacrificio; sin embargo, me gusta mucho el trato con la gente, aunque la mayoría de las personas vienen estresadas del trabajo, andan corriendo y a veces llegan enojadas, pero yo procuro platicar con ellas, que sea un intercambio más cálido. Por eso me gusta mucho tratar con los niños, ellos son toda alegría, se quedan viendo las cosas, preguntando precios y eso me agrada; a veces hasta les pregunto su nombre y así los voy conociendo y se vuelve más personal. Ahora ya hay muchas papelerías. Yo recuerdo que antes había pocas, una de ellas era La Campana, muy grande y surtida, también El Ancla; pero ahora hay mucha competencia.

Tantos años viviendo en el barrio, ¿ha visto un cambio en él?

¿Considera que ha sido una buena evolución?

La colonia era muy bonita, yo creo que como pocas. Sus calles eran limpias, pero han llegado personas de todas partes, han construido muchos edificios, han quitado muchas casas hermosas. Aquí hubo tiendas que desaparecieron cuando hicieron el eje vial y después cuando hicieron el trabajo del Metro, porque cerraron las calles, se acabaron los negocios. Cuando volvieron a abrir el Museo de Geología se atrajo mucha gente y comenzaron a arreglar el parque –aunque ha tenido cambios que a mí no me gustan, por decir las bancas que eran de 1910, creo, ya no están–. Ahora hay vendedores en todas las esquinas y dejan muy sucias las calles.

¿Qué responsabilidades cree que deberíamos compartir vecinos y autoridades para mejorar el barrio?

Hace tiempo un vecino traía una carta para adoptar esta área, de Torres Bodet a Santa María; eso me pareció muy bueno, ya que alguien estaría al pendiente del jardín, aunque lo mejor sería que fuéramos varios vecinos como antes lo hacíamos. El año pasado colocaron una manta de la delegación aquí en frente que decía “hoy arreglamos su banquetta, mañana la estrena”. Desde que yo tengo uso de razón, del Eje para San Cosme jamás han repavimentado. También aquí vino una persona de la delegación a preguntarme cuáles eran nuestras necesidades y le dije “¿trae un libreta para apuntar? Porque una hoja no le va a alcanzar”. Tanto las autoridades como los vecinos deberíamos procurar que la colonia siga siendo un lugar lindo y limpio.

Existen diferentes formas de conocer un barrio: a través de su historia, arquitectura, lugares importantes o negocios antiguos, pero sobre todo es la gente que lo habita, la que es vital. En una plática de café me contaron de una papelería muy particular con aproximadamente cinco décadas ofreciendo su servicio. Sin pensarlo dos veces, fui directamente a ese sitio con varias preguntas en la mente, pero sobre todo ¿cómo puede sobrevivir un negocio así por tantos años? Al llegar a la calle de Jaime Torres Bodet 123–A, esquina con Eje 1 Norte, vi el letrero “Cartulinas y Papeles Especiales”. Entré y conversé con la dueña, la señora Carmen Márquez, una persona que ha pasado casi toda su vida brindando el servicio en Santa María la Ribera.

¿Cómo inició la papelería señora Carmen?

Cuando me la traspasaron ya tenía como unos quince años abierta, yo no sabía nada del negocio de una papelería, pero me gustó y

CALIDAD DE VIDA EN NUESTRAS MANOS

Daniela Moreno

Violencia no es únicamente la agresión física directa. Generalmente vivimos en entornos violentos que nosotros mismos fomentamos, principalmente por la falta de respeto al espacio de las demás personas. Es por ello que a menudo se repite la “escena” en nuestro barrio: gritos, y algunas veces hasta golpes, producto de reclamos por dejar basura en la banqueta de algún vecino, no limpiar las heces de los perros, mantener la música a un volumen alto, invadir espacios que no corresponden con el automóvil e, incluso, agresiones visuales o verbales como las que recibimos a menudo las mujeres en nuestra sociedad claramente machista.

La calidad de vida no depende únicamente de los servicios que ponen a nuestro alcance la delegación, ayuntamiento o gobierno. Nuestra calidad de vida también se construye a partir de las acciones de todos los que compartimos un espacio en determinado momento; por ello, es importante entender que lo que uno realiza tiene un eco en la vida de los que se encuentran alrededor. Es común, por ejemplo, que los puestos de comida en la calle y también algunos negocios establecidos en un domicilio, lancen sin mayor cuidado al espacio público la grasa como residuo de la jornada laboral; esta grasa, además de ensuciar banquetas, deriva en olores que son sumamente perceptibles –de ahí (en parte) ese comentario despectivo de que nuestra ciudad huele mal (y que constantemente hacen visitantes o turistas)–; pero también puede generar enfermedades, muchas de las cuales no sabemos exactamente a qué se deben y cómo combatirlas, simplemente regresamos a casa y nuestro cuerpo se siente indefenso y cansado. ¿Por qué no arrojar directamente estos residuos a sus respectivos sitios como desecho? A veces la respuesta es clara: porque no nos importan las demás personas.

He atestado varias trifulcas porque una persona deja algún desecho en un bote de basura particular que se encuentra en la calle. Situaciones como ésta ponen sobre la mesa cuestiones de ética, o más bien, de sentido común. Si bien es un esfuerzo grande mantener las banquetas limpias (algo que debería ser relativamente fácil), sabemos perfectamente que

la escasez de botes para la basura en el espacio público es una realidad. ¿Por qué habremos de ofendernos si alguien utiliza nuestro bote para dejar desperdicios en un sitio adecuado? ¿Acaso es mejor que los avienten en la calle? ¿No nos molestaría si los arrojaran en nuestra banqueta? ¿O es que con que no sea nuestra banqueta todo está bien? Creo que debemos concientizar el buen estado de ánimo que nos produce caminar por calles limpias. Con voluntad y sencillas acciones podemos generar un buen entorno.

Las rencillas por el volumen de la música son el pan de cada día en nuestro barrio. Caminando por distintas áreas de la Ribera, al pasar por vecindades, edificios, en la misma calle, he sido testigo de ellas. Dice una amiga, con estudios en urbanismo, que es un rasgo distintivo de una sociedad apasionada, festiva, expresiva. Lo entiendo. Pero cuando todos los habitantes de un edificio no pueden dormir porque un solo vecino tiene la música a un nivel de decibeles que podría competir con una discoteca, definitivamente es un acto violento, de hecho, impositivo. No se trata de gustos musicales, es una cuestión de salud y, por supuesto, de respeto, ese respeto que nos trae calidad de vida.

Podría extenderme en la descripción de problemáticas que vivimos todos los días. La solución está en nuestra racionalización y acción al respecto. Nadie lo va a cambiar por nosotros. No se trata de instituciones, se trata de nuestra relación frente a frente, de asumirnos como lo que podemos denominar una comunidad, es decir, que compartimos infinidad de factores. Eso sí, no lo puedo dejar pasar: por favor considera la siguiente ocasión que pretendas chiflar coquetamente, decir un (mal llamado) piropo, o extender tu mano para tocar una parte de un cuerpo que no es el tuyo, que no existe diferencia entre esta violencia y la que ejecutan los Estados, las mafias o la delincuencia. No violes la integridad o la tranquilidad de los demás. Respetándonos comenzamos a dialogar, y si dialogáramos, lograríamos cosas impensables hasta ahora en nuestra fragmentada sociedad, como tener una calidad de vida favorable. Demos este paso.





CASA DE CULTURA DE SANTA MARIA LA RIBERA

Los recintos culturales son espacios de vinculación entre vecinos que procuran fomentar el interés en el arte y sensibilizar a cada persona que se acerca a una exposición, concierto, lectura de poesía, obra de teatro, presentación de danza e infinidad de actividades que se pueden organizar en función de una comunidad. Uno de los más importantes en Santa María la Ribera se ubica en la calle Jaime Torres Bodet número 160. El origen del inmueble data de principios del siglo XX, de 1908 para ser específicos, y pertenecía al historiador Carlos Pereira y a la maestra María Enriqueta Camarillo, quien la donó en 1944 para que se convirtiera en la Casa de Cultura del Estudiante Sinaloense. Para 1990 se estableció como sede de la Orquesta Sinfónica Juvenil e Infantil de la colonia, y en noviembre de 1994 se inauguró formalmente como la Casa de Cultura de Santa María la Ribera. Su actual director, Juan José Marroquín, nos cuenta sobre los beneficios de tener un lugar como éste dentro del barrio.



Juan José, ¿qué nos ofrece la Casa de Cultura?

Actualmente, la casa tiene aproximadamente seiscientos usuarios diarios; ofrecemos más de veinte talleres; tenemos canchas de fútbol y basquetbol y contamos con seis salones acondicionados para danza o para la plástica, así como para docencia. De las cartas fuertes que tenemos es la Orquesta Sinfónica Juvenil e Infantil. Es un proyecto que lleva más de veinticinco años, es gratuito y se prestan inicialmente instrumentos; el profesor Antonio Sánchez proporciona ayuda o puede canalizar si alguien quiere hacer una carrera sobre la línea de la música sinfónica. Asimismo, la maestra Rosa María Villasana es la responsable del grupo de danza regional o folklórica. Ella es la maestra que más años tiene en la casa; la mayoría de sus alumnas son maestras ya en otros espacios, así que ella se encarga de dar mucho *master*, por lo mismo sus espectáculos son de primer nivel. El maestro Mauricio Moreno Meza es el encargado de la danza tradicional china: él lleva toda la programación y la unión de los movimientos tradicionales chinos del Distrito Federal y la representación del Barrio Chino en México, por eso contamos con más de diez leones, dos dragones y la muestra de danzas de armas. La maestra Itzel Reyes ofrece danza aérea, es un espectáculo moderno. Esto por mencionarte algunas actividades, pero tenemos más.

¿Cómo inició tu gestión y cuál es tu visión de una casa de cultura?

Llegué aquí hace dos años y medio por un proyecto de cultura de la delegación, el cual incluía a gente que tiene sensibilidad artística en espacios culturales; éramos cuatro personas: un muralista, una chica de teatro y dos pintores; yo soy artista visual. Las casas de cultura son los primeros espacios que tienen que abrir la puerta cuando hay una inquietud cultural o artística, porque son un espacio noble que no debe pedir o exigir un currículum enorme o reconocido, por el contrario, aquí es el primer lugar para generar apoyo, un impulso a los artistas emergentes. A diferencia de lo que pasa con instituciones importantes como El Chopo, donde los vecinos son un poco renuentes a entrar, la Casa de Cultura recibe, casi en su mayoría, a gente de la colonia, y se ha procurado dar apertura a todos los proyectos que aquí se nos presentan.

¿Qué relación tienen con el espacio del Kiosco Morisco?

La Casa de Cultura tiene injerencia en el kiosco. Se hacen varias presentaciones ahí; la que es permanente es el concierto de la Orquesta el último domingo de cada mes durante todo el verano. Generamos proyectos ahí, sin embargo, luego se complica porque el mismo espacio es muy peleado y con el GDF hemos tenido varias sorpresas de que llegamos y ellos están ocupándolo, o hasta el mismo Gobierno Federal lo ocupa para sus eventos. Entonces sí tenemos injerencia en él, pero por escalafón ellos nos llevan ventaja.

Debe ser complicado mantener una casa de cultura, ¿cómo han logrado su manutención?

Creo que es importante que conozcan las buenas noticias: la Casa de Cultura tuvo una remodelación, se consiguió un recurso; tengo entendido que desde hacía doce años no se le había hecho nada, ahora generamos un proyecto de restauración real con el cual pudimos arreglar salones, baños, impermeabilizar. Gracias a la buena aceptación nos invitaron a entrar a otro proyecto federal donde se consiguieron aproximadamente cinco millones de pesos, así que en dos meses se va a empezar a construir un auditorio en la parte de atrás, retiraremos una cancha, la otra cancha la vamos a hacer multifuncional, el auditorio nos permitirá darle más cabida a los vecinos y también, al tener un escenario formal, generaremos nuevas exploraciones en las artes escénicas.

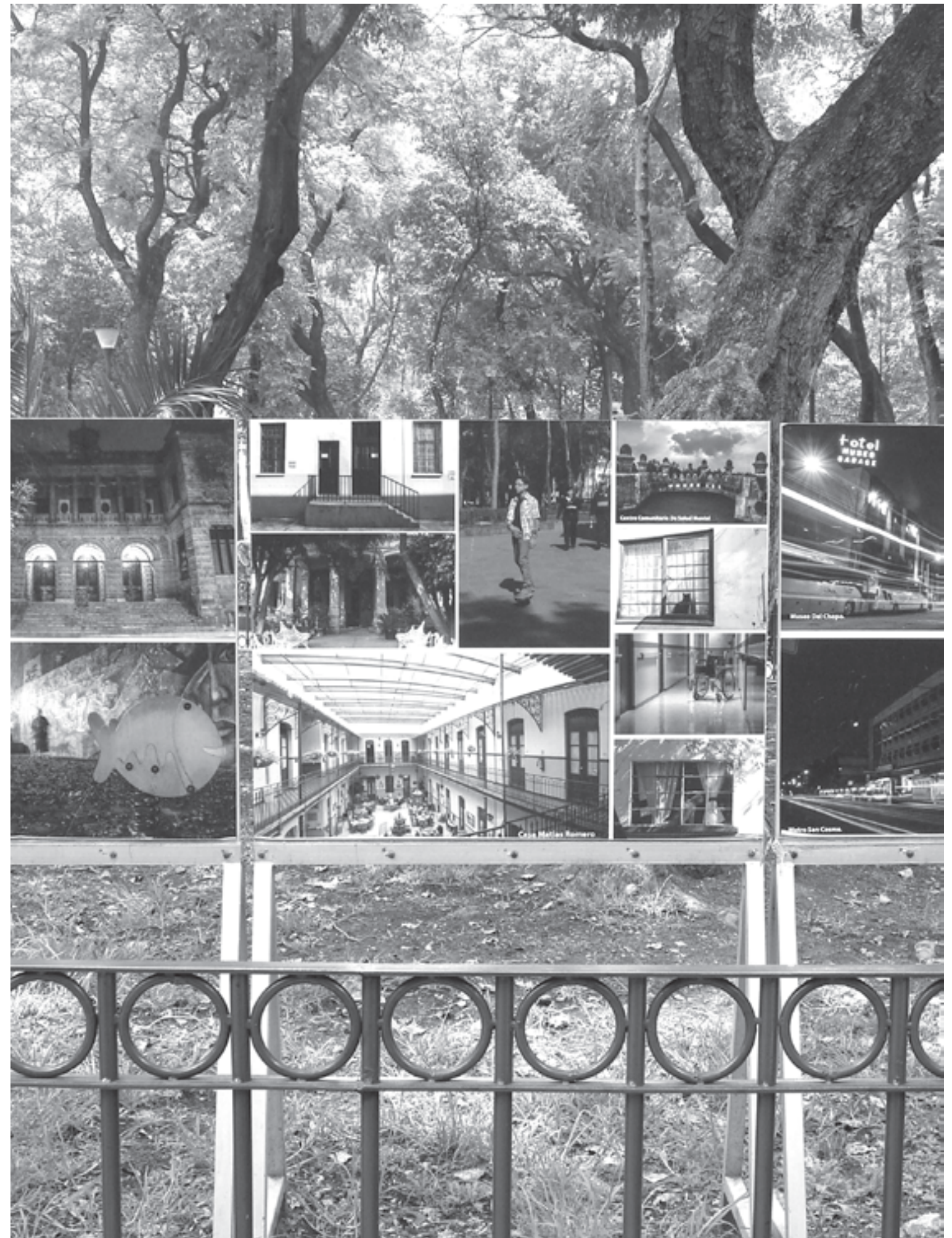
¿Cómo se pagan los talleres?

La Casa de Cultura no maneja dinero, el costo se deposita a una cuenta de banco. La mayoría de los talleres son autogenerados, es decir, los maestros se quedan con el 70%, la delegación absorbe el 30% con el que se le da mantenimiento a otros espacios.

¿Alguna exposición, obra o muestra en específico que quieras mencionar?

“Vagado por Santa María” es una exposición fotográfica de la artista Patricia Locor. Ella realizó una investigación de alrededor de dos meses, su intención era mostrar el día a día de la colonia, no sólo con una visión artística, le interesaba conocer a los vecinos y se acercó conmigo para gestionar algunos espacios que no son de fácil acceso. Las fotografías se colocaron en unas mamparas en la Alameda, casi frente al Museo de Geología. La idea de Patricia era vincularse con las personas de la comunidad; se realizaron entrevistas a vecinos, y justo la segunda parte de la exposición, que comenzará en agosto, pretende mostrar esas entrevistas y sacar más fotografías.

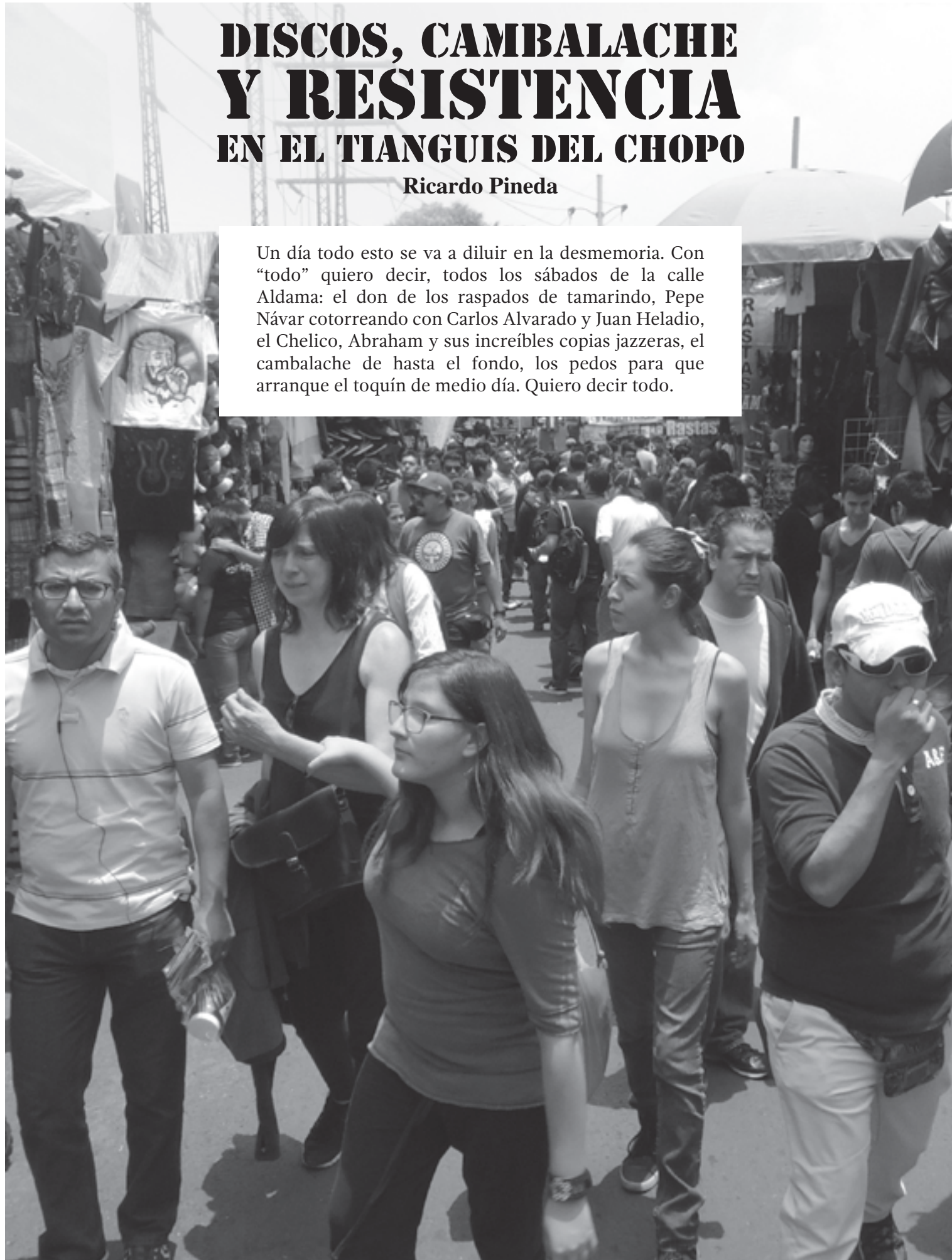
La Casa de Cultura de Santa María la Ribera abre todos los días. Los invitamos a estar al pendiente de sus actividades y formar parte de ellas.



DISCOS, CAMBALACHE Y RESISTENCIA EN EL TIANGUIS DEL CHOPO

Ricardo Pineda

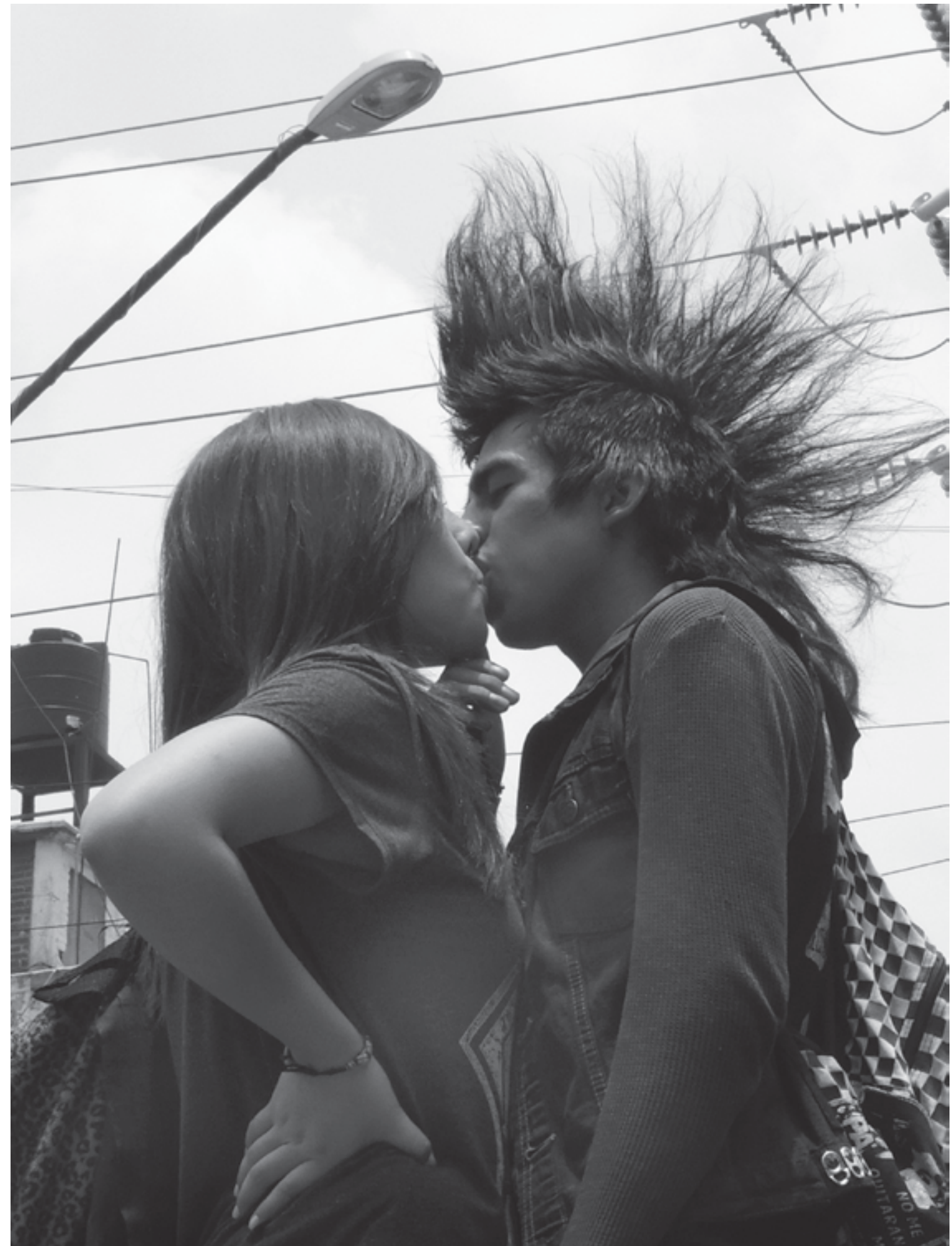
Un día todo esto se va a diluir en la desmemoria. Con “todo” quiero decir, todos los sábados de la calle Aldama: el don de los raspados de tamarindo, Pepe Nívar cotorreando con Carlos Alvarado y Juan Heladio, el Chelico, Abraham y sus increíbles copias jazzeras, el cambalache de hasta el fondo, los pedos para que arranque el toquín de medio día. Quiero decir todo.



Yo no fui pionero del Tianguis del Chopo, pero como muchos otros que le hacíamos el feo a lo que escuchaban nuestros padres, también lo hice mío, fue mi casa; el refugio de los “arroquerados” con poca lana. Desde que fui de chico por primera vez en 1993, supe que el tianguis de toda la fauna contracultural por excelencia tenía historia, origen nómada y aguerrido, pero sobre todo, una identidad muy chingona. La confusión de su nombre y ubicación ya casi no se da, en buena medida por las referencias geográficas que ahora acompañan al mercado de más de doscientos puestos, pero aún existe. Y a veces, nomás para cabulear a mis adentros, le vuelvo a preguntar de vez en cuando a un señor o señora de edad: “Oiga, ¿para el Tianguis del Chopo?” Ya luego me mandan al Museo Universitario en la Santa María o al lado de la Biblioteca Vasconcelos en la colonia Guerrero, allá “donde silva el tren”. Me dan ganas de decirles que ambas direcciones son exactas, tan precisa una como la otra, y que forman parte de una cosa muy valiosa no sólo para los roqueros, sino para todos los desadaptados de la ciudad.

Originalmente, el Tianguis del Chopo se planteó en 1980 desde el gusto por la música y el intercambio, bajo un halo cándido y de tarea cultural. Se dice que fue idea de Jorge Pantoja y la escritora Ángeles Mastreta, que en ese entonces estaba en la dirección del Museo Universitario del Chopo. El D.F. venía de cumplir casi una década con el rock bien sumergido en locales piojos, clandestinos y de la periferia, pero el filo y la rabia ahí estaban, el “halconazo” aún dolía apenas a unos pasos de distancia. Las ganas de volver a ser inconformidad colectiva se materializa con la búsqueda de cualquier pretexto para decir “las cosas no son así”, para pintarle sus cremas a la institucionalización de la cultura aunque sea a partir de ella misma. No había de otra y el tianguis fue agarrando forma y conciencia a punta de muchísimas adversidades. La idea del Chopo como punto de encuentro para los clavados en la música, el coleccionismo y la medidera de egos a partir de los datos, podría decirse que fue transmutando de a poco, fue congregando y jalando a banda más compleja y articulada, pero a también a una más rabiosa y caótica. La convivencia de mundos comenzó a ser pauta.

El tianguis vivió de nómada y a la brava durante la primera etapa de su existencia, de arrimado o de compa dejado por su chica por una temporada en otros barrios: en un estacionamiento de Santa María la Ribera o en el Kiosco Morisco, en C.U. con los arquitectos o en otra calle cercana. Los intentos por desaparecerlo de un plumazo no han sido pocos, incluso ha habido chingadazos en su historia, enfrentamientos con pandilla pagada o hasta barras futboleras que han acudido a picar la uva. ¿Un par de señores greñudos que coleccionaban viniles y se juntaban para platicar de sus afinidades podrían volverse una piedra en el zapato para las autoridades? Difícil pensar eso de los fans del rock progresivo italiano, del incipiente *new wave* o la dispersa propuesta local roquera. Y ni tanto.



Ya desde 1987 el tianguis se instaló permanente en una calle felona, a un costado de la central de Ferrocarriles Buenavista. Cuando fui por primera vez, aquello tenía sus seis o siete años de llevar un ritmo constante y disciplina sabatina en la calle Aldama, y el ir por un material musical o una playera era todo un mito genial entre los cuates, sobre todo porque implicaba una suerte de excursión (yo vivía en el Estado de México) a la que había que añadir consejos prácticos de madre para tu sobrevivencia: guárdate bien la lana, no te le quedes viendo a los *punketos* ni a sus pelos bien paradotes, no te emociones de ver un disco porque te la pueden dejar caer con el precio, etc. La génesis del mercado sobre ruedas de Buenavista fue el intercambio en buena lid, y ese todavía sigue en la parte de atrás como un colofón arrojado que a empujones lo dota de sentido. El cambalache discográfico es quizá la actividad por la que la vieja guardia sigue yendo, compartiendo y heredando conocimiento a los que todavía gustamos de tener música en formato físico.

En aquellos días noventeros, de principio, el paisaje era contrastante y excitante: gente de provincia saliendo con cajas de huevo de la central de ferrocarriles, sacadísima de onda por la indumentaria de la banda dark, de los pelos apaches de los urbanos, por el gesto hostil de algún *punkarro* o por las greñas e indumentarias impropias de señores ya entrados en edad. Aquello era fascinante, no había manera de distraerse en otro “espectáculo” visual más que ese: negro, morado, terciopelo, discos bajo el brazo, mucha playera de The Cure, Depeche Mode y Caifanes. Antes había muchos más señores respingados que ni te pelaban cuando les pedías alguna recomendación. Todo aquello tenía su encanto; la hostilidad te acogía en cierto modo. Ir regularmente al Chopo generaba esa sensación de familiaridad y pertenencia, de calidez humana, a partir de la renuncia a los valores ofertados en casa.

El Tianguis Cultural del Chopo se fue forjando reputación como un aporte cultural indispensable para aquello que tuvieron a mal llamar tribus urbanas. Los puestos comenzaron a especializarse: discos nuevos, sólo nacional, sólo hardcore, sólo metal o sólo rock ibérico, material progresivo, cine de culto, productos de importación, cintas grabadas, botones o playeras con el cuello reforzado. Resulta curioso que conforme llegaron las nuevas generaciones, más asimiladas con la cultura del consumo y el nacimiento de Internet, también las contradicciones comenzaron a jugar un papel más activo en la cotidianidad del tianguis sabatino. El ska y el hip hop implicaron la aparición de las bodegas, un número más nutrido de puestos y locales, a la vez que detonaron el graffiti como un argumento para la delegación en pos de su remoción.



Ese sentimiento de calidez e identidad siempre trajo consigo filo, por el sitio donde está ubicado el tianguis pero también por quiénes y cómo nos comportábamos. El consumo y la violencia también han estado ahí de una manera u otra, la rata siempre vigila el punto donde la lana, sea abundante o escasa, fluctúa con relativa facilidad. Conforme seguí yendo, el paisaje cambió sensiblemente en cosa de seis, siete años: punks que ya no te vendían caramelos “de compas”, sino que te presionaban tantito para que aflojaras; la estación de ferrocarriles dejó de operar; llegaron los que vendían otras cosas que no tenían nada que ver con la música; apareció el metrobús, la Vasconcelos y el Forum, ese mamotreto de centro comercial que está sobre Insurgentes y obliga a los pasajeros del Tren Suburbano a pasar por el aro de la mercadotecnia hipernormalizada.

Las arrugas en los rostros de los fundadores del Tianguis del Chopo son conciencia de tiempo, semblante urgente y enterado, unos con más gusto y otros con un ligero amargo. El vinil se fue y vino, más caro que nunca, la piratería rige y controla pero se prohíbe la venta de lo que sea por alguien que no sea locatario, las brigadas de control y seguridad del tianguis a veces se ven rebasadas y eventualmente entra la tira al (mal) quite. Los antaños tratan de argumentar el cansino adagio de que todo tiempo pasado fue mejor, que el esplendor del tianguis se dio en los noventa. Entre tanto, Abraham sigue esperando a un cliente hambriento de discos de Anthony Braxton o Pharoa Sanders mientras lee La Jornada, al fumen fumen ya no se le ve tanto por ahí y los *hitters* de los puestitos rasta siguen siendo una patraña. Muchas cosas quedarán labradas en piedra mientras que otras atienden el arranque y la oportunidad que brinda una tendencia, y ni la nostalgia de dos varos o las ínfulas de vanguardia de cinco podrán con esa historia de guerreros replicantes que levantaron un punto de encuentro de expresiones que urgía conocer. Sin embargo, el tiempo y la lana aún tienen la sartén por el mango, y todos los que se aferran al Chopo como parte inherente de sí mismos, ya sea en forma de fanzine, parche o DVD, saben que sean muchos o pocos años más, esto terminará y ya.

A veces quisiera hablar de todo: de los grupos que conocí, de los fiascos que me llevé, de los discos incunables que adquirí, de los compas que hice, de las bandas que vi, de los dones que me chamaquearon con el cambio, del pesado de los discos nuevos y caros, de los foros conversatorios y la vez que vi a Monsiváis y a José Agustín el mismo día, de las tortas de soya del Tajobase o de las juntas de locatarios y los tiros con la Delegación Cuahtémoc... Un montón de cosas. En ocasiones quisiera hablar de todo, como quien dice mi mundo o como quien dice todo el país, pero sólo puedo atisbar un par de cosas, unas cuantas licencias que da la memoria, rolas de las que me acuerdo o vivo, de la Santa María o de la Guerrero, un tianguis o un constante devenir que intenta resistir pese a sí mismo.







¿Sabes de dónde viene el Kiosco Morisco?

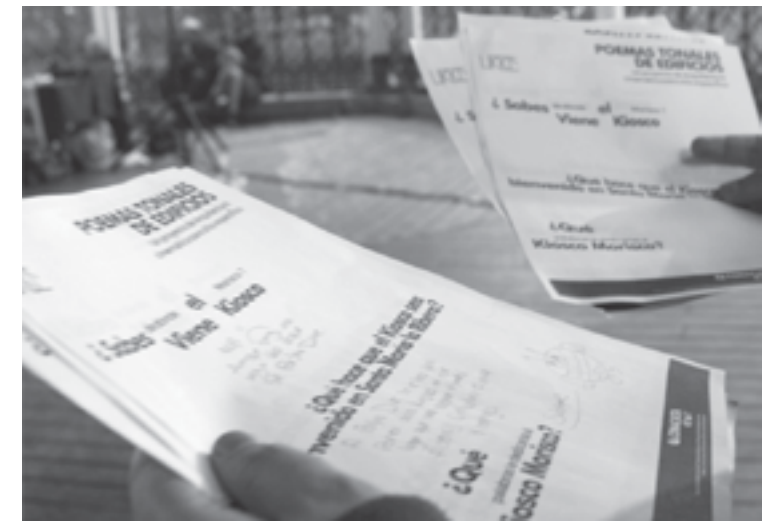
No. Aunque tengo una vaga idea de que fue Porfirio Díaz.

¿Qué hace que el Kiosco sea bienvenido en Santa María la Ribera?

Es un espacio de reunión, convivencia y conexión entre la gente del barrio.

¿Qué palabras le dedicaría al Kiosco Morisco?

Nunca te quedes demasiado en un sólo lugar.



¿Sabes de dónde viene el Kiosco Morisco?

Siempre olvido el país de procedencia pero se que fue utilizado por Porfirio Díaz para exhibiciones y ferias internacionales; después se quedó en la Ribera.

¿Qué hace que el Kiosco sea bienvenido en Santa María la Ribera?

Es una aportación arquitectónica que le da identidad a la colonia.

¿Qué palabras le dedicaría al Kiosco Morisco?

Me gustaría que toda la gente te conociera.



¿Sabes de dónde viene el Kiosco Morisco?

Fue hecho para presentarse en una exposición en Estado Unidos, luego regresó a México y se instaló en la Alameda Central. Posteriormente fue traído a la Santa María la Ribera.

¿Qué hace que el Kiosco sea bienvenido en Santa María la Ribera?

Su historia y sus rasgos arquitectónicos.

¿Qué palabras le dedicaría al Kiosco Morisco?

Extraordinariamente hermoso.





URBE: Poemas tonales de edificios

Un proyecto de arquitectura cinemática para sitio específico

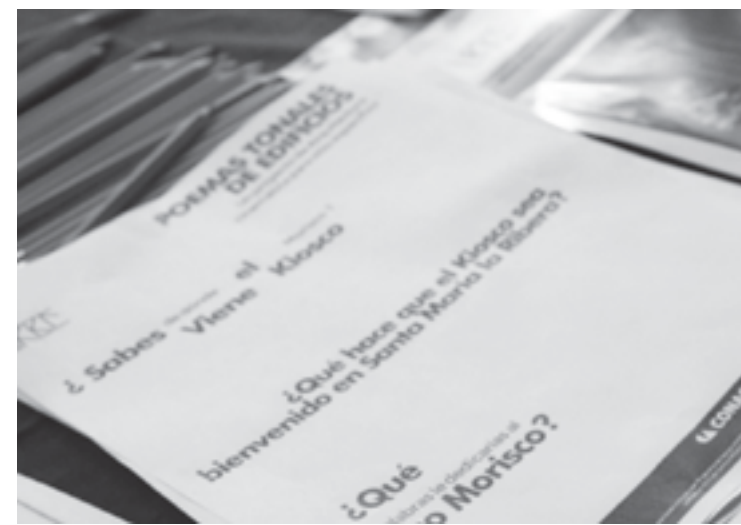
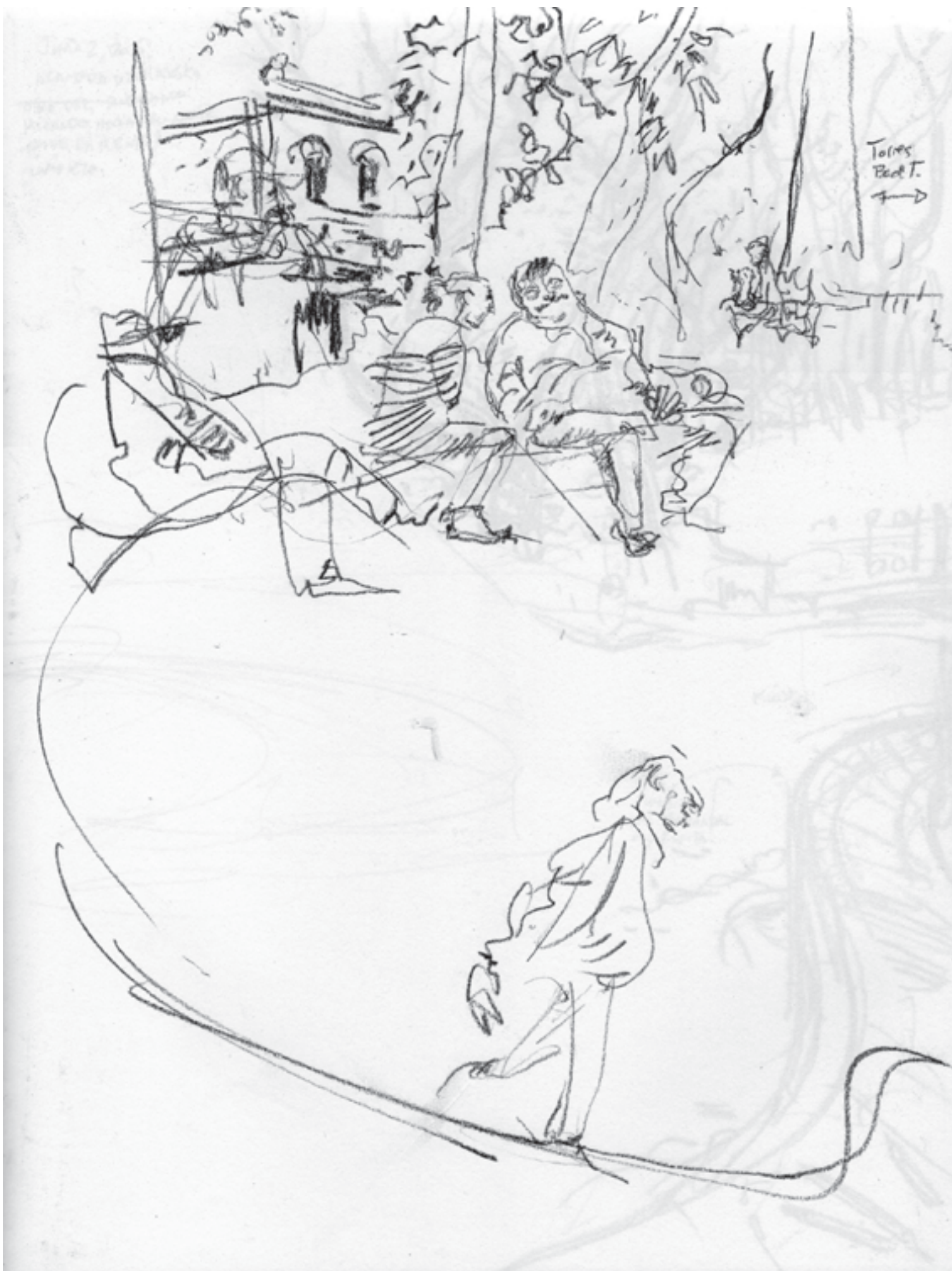
El proyecto consta de intervenciones audiovisuales en cuatro edificios de la ciudad de México: Kiosco Morisco, Barrio Chino, Tlatelolco y Sinagoga. El desarrollo del proyecto plantea un diálogo interdisciplinario en colaboración con artistas sonoros y visuales, los cuales enfatizan una búsqueda histórica a través del análisis arquitectónico. Es un ejercicio efímero que pretende activar cada uno de los sitios en eventos de un sólo día.

Registro del evento en Kiosco Morisco realizado el 30 de Mayo de 2015.

Artistas: Amanda Gutiérrez y Diego Martínez.

Vinculación: Paola de Anda.





¿Sabes de dónde viene el Kiosco Morisco?

Sí, de una feria mundial (finales de 1800). Se hizo en Estados Unidos.

¿Qué hace que el Kiosco sea bienvenido en Santa María la Ribera?

Su cualidad migrante, donde finalmente arraigó.

¿Qué palabras le dedicaría al Kiosco Morisco?

Eres precioso, me encantas. En ti encuentro libertad, historia y convivio. ¡Ohh!

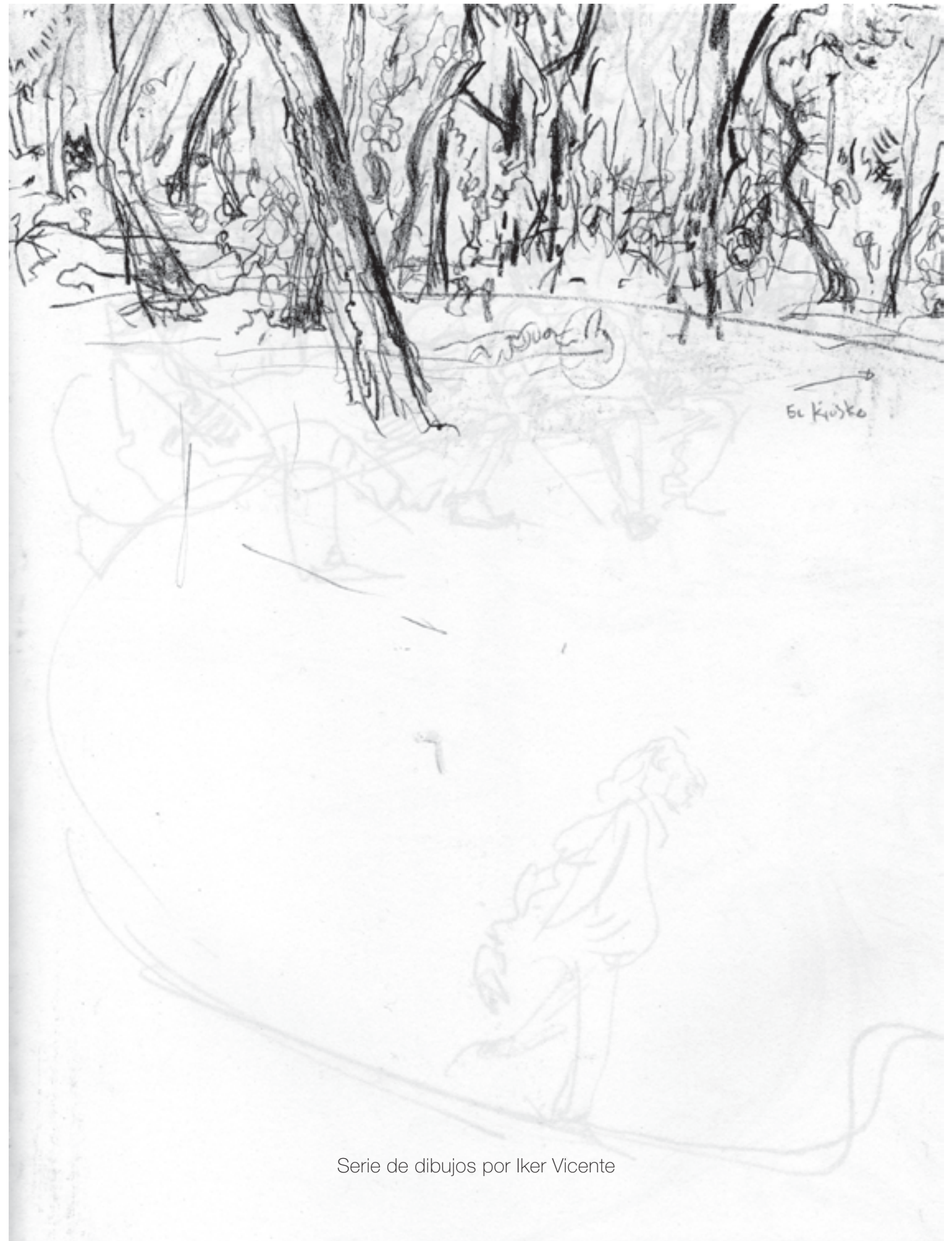


Fotos por Nelly Carrillo

Escucha el proyecto de Poemas Tonaes de Edificios: Kiosco Morisco de Santa María la Ribera. Te invitamos a descargarlo de manera gratuita en la versión digital de este fanzine, en el sitio de Internet: www.suplex.mx

Para mas información visita: www.ur-be.com





Serie de dibujos por Iker Vicente

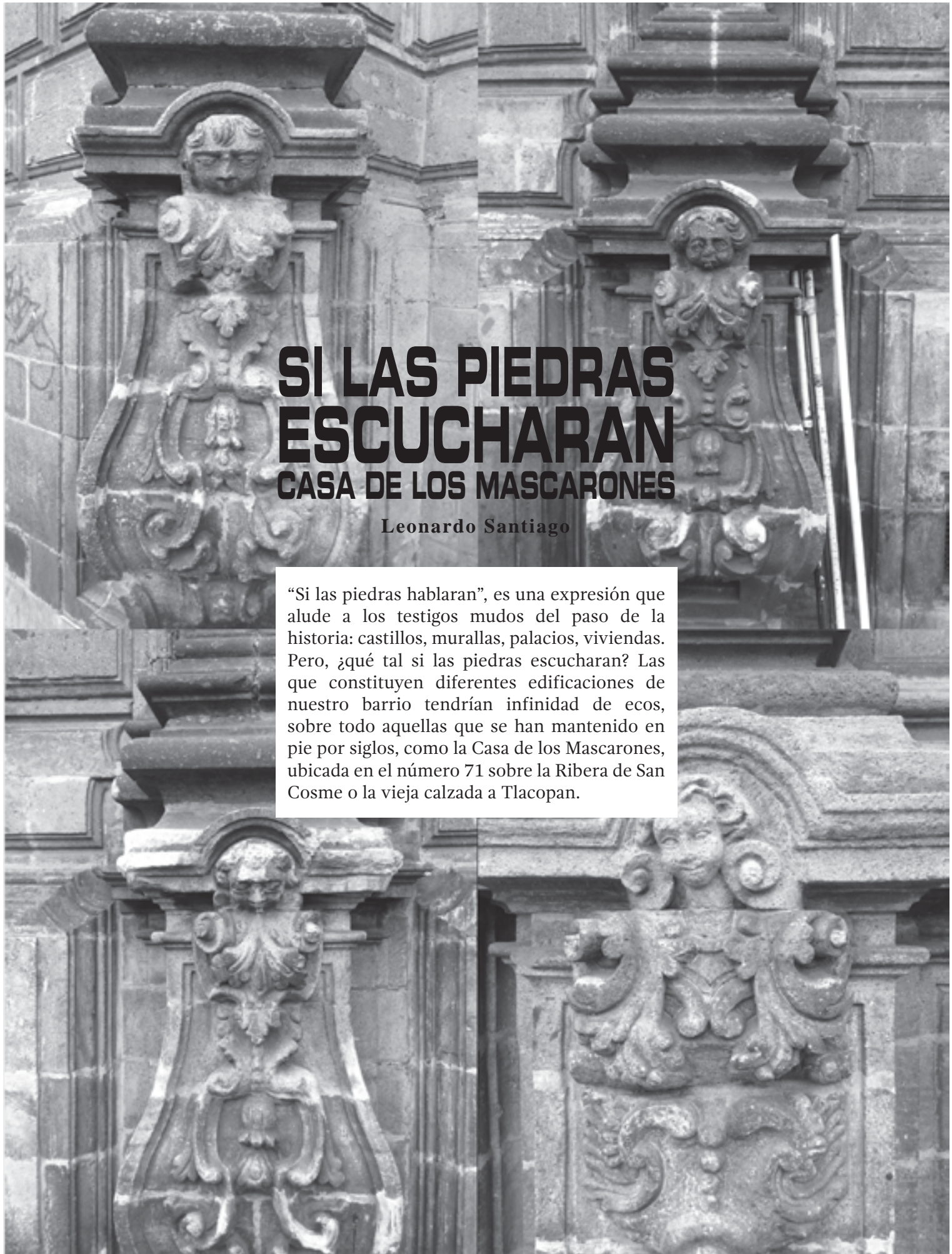


El fanzine *Voces. Santa María la Ribera* se publicó por primera vez en el verano de 2014 con el apoyo del Museo Universitario del Chopo, con el objetivo obsequiar a la comunidad que reside, labora, transita o visita este bondadoso barrio, un impreso que difundiera sus oficios, labores, actividades y cultura. Utilizamos el perifoneo, es decir, la reproducción de sonido en espacio público a través de bocinas, para llamar la atención de las personas, tratando de ser prudentes con el volumen de nuestro megáfono. En nuestro país, generalmente, el perifoneo se usa para ofertar o vender productos y servicios, o bien, para propaganda política; sólo en algunas comunidades es utilizado para difundir mensajes de otra naturaleza. Nosotros decidimos recurrir a esta estrategia para obsequiar contenidos que creemos son importantes de compartir, pues hablan de nuestra comunidad. A raíz de la afortunada aceptación que tuvo el fanzine y del aliento de muchos de nuestros vecinos para seguir adelante, el museo nos propuso continuar con la publicación y es así como ahora tenemos en nuestras manos este tercer número y habrá uno más durante este 2015. Esperamos que lo disfrutes y que siga aportando a difundir la cultura de la Ribera.

Nuestro correo electrónico es: voces.santamaria@gmail.com

Si deseas leer o compartir esta publicación en versión digital, descárgala de manera gratuita desde el sitio www.suplex.mx





SI LAS PIEDRAS ESCUCHARAN CASA DE LOS MASCARONES

Leonardo Santiago

“Si las piedras hablaran”, es una expresión que alude a los testigos mudos del paso de la historia: castillos, murallas, palacios, viviendas. Pero, ¿qué tal si las piedras escucharan? Las que constituyen diferentes edificaciones de nuestro barrio tendrían infinidad de ecos, sobre todo aquellas que se han mantenido en pie por siglos, como la Casa de los Mascarones, ubicada en el número 71 sobre la Ribera de San Cosme o la vieja calzada a Tlacopan.

EL BARRIO EN TRES TIEMPOS

Alejandro Gómez Arias, “Meme”

I. El barrio se vive.

El barrio como experiencia es una figura que siempre ha atrapado mi atención, independientemente de su ubicación. Ya sea que se localice en el centro o en la periferia de la ciudad, siempre he creído que en él ocurren las historias más ricas y llenas de anécdotas alucinantes, no por ello dejando de ser algunas veces las más sórdidas y descarnadas. Es en el barrio donde los personajes adquieren su dimensión de dones, doñas, valedores, morras, carnales, gandallas, puñales, rifados, sacatones, entrones, héroes o villanos locales.

Puedo decir, sin errar, que mi filiación con el barrio nace de la experiencia práctica: siempre lo he habitado. Viví en colonias populares como la Guerrero o Tlatelolco; caminaba por las calles de Tepito desde los ocho años; estudié la secundaria en Santa María la Ribera, por lo que durante tres años fue mi segundo barrio. Recorrí sus calles, sabía dónde comer mejor y barato, tuve novia e hice buenos amigos. Ahora de adulto también gusto de la vida nocturna de barrios como el Centro, la Obrera o la Tabacalera, que es donde actualmente resido. Mi fascinación por el barrio es mucho más que turística, nostálgica o exótica, para mí es un universo lleno posibilidades habitables y de acción, y aunque cada uno es tan peculiar como ninguno, existe en mí una sensación de que uno podría llegar a conocer el barrio al que llegue –sus dinámicas, su gente, sus calles, la vida nocturna– si ha conocido bien el suyo propio.

II. El barrio, el encuentro de lo público

Unas semanas antes de escribir esto, tuve la oportunidad de conocer una pulquería que justamente se reseñó en este fanzine.¹ Fuimos Israel Martínez y yo, después de tener una buena plática sobre el barrio, comer y tomar tejade en el Oaxacaquí, que se encuentra frente a la Alameda. La pulquería se llama La Xóchitl y tiene varias décadas; es una pulquería al viejo estilo, con mosaicos amarillos, puertas de madera, una barra con las tinajas de pulque blanco y un molcajete de salsa que para cuando llegamos ya se había acabado. Una verdadera joya de barrio. Pero lo que atrapó nuestra atención fueron los clientes que, como en todo buen expendio del tipo, eran muy sociables.

En breve entramos en conversación con dos clientes que hacían una pareja bastante peculiar. Después de preguntarnos por el fanzine que yo llevaba cargando y cuestionar nuestras posibles afiliaciones políticas (debido probablemente al contexto de la temporada previa a elecciones), se presentaron como Mario, el anarquista, y Antonio, el obrero. Así, de repente y con un buen pulque, nos vimos envueltos en una profunda conversación que, entre varios temas, cuestionaba desde la efectividad política de la acción no directa hasta los contenidos del mismo fanzine. Mario era un argumentador lúcido y nos contaba de su pertenencia a distintas causas anarquistas en España e Italia, mientras exaltaba la acción directa y la necesidad de estar involucrados con la base obrera, pues “esta banda son los que realmente están encabronados y van a tirar madrazos si es necesario”, me decía con acento argentino. Por su parte Antonio, que era trabajador temporal de la delegación, platicaba más con Israel, su voz era menos clara, cansada, y su rostro mostraba las marcas de una vida nada cómoda; no había trabajado ese día pues llevaba seis sin descanso, por lo que se lo había tomado para estar en la pulquería. Se dedicaba a poner el cableado eléctrico; esperaba una nueva chamba en el interior de la república y coincidía en algo con Mario, “los partidos políticos son una mierda y ratas”, decía.

A pesar de lo cotidiano de la plática, no podía dejar de pensar que toda la conversación de alguna manera mantenía un aire de debate público, de discusión y opinión de temas comunes, políticos, laborales, de acción directa o cultural; de pronto nos encontrábamos en una pulquería abriendo un diálogo gracias a su curiosidad por el fanzine y las ganas de entablar charla. En un momento Mario mencionó que había estado en Chiapas y conoció al Subcomandante Marcos, con el cual no había coincidido ideológicamente, en gran parte porque los zapatistas no tienen métodos anarquistas. La verdad que lo dicho no me sorprendió, hasta que Antonio al escuchar comentó que él también había tenido “a ese güey cara a cara”, porque para sorpresa de todos, Antonio había estado activo en el ejército mexicano en los noventa, y en combate en la región donde ocurrieron las masacres de Chiapas. No parecía que le afectara contarle; no reflejaba entender del todo en lo que había participado, pero su mirada perdida mostraba más de lo que decía y ya había observado yo otra similar con anterioridad.² La plática no continuó mucho más porque teníamos que partir, pero lo narrado se quedó en mi pensamiento por unas horas como un eco; pensaba en aquella frase del sociólogo y filósofo Jürgen Habermas que hablaba de “una variante de la esfera pública plebeya que ha sido reprimida en el proceso histórico”.³



Desde el martilleo para extraer la roca de cantera hasta la fricción de los bloques para ensamblar la fachada, el cincel ininterrumpido para darle forma a los rostros y gárgolas de sus balcones, el correr de la acequia que por muchos años sirvió para el riego de los solares, el murmullo de los caminantes y de las carrozas que iban y venían del centro hasta Tacuba, el correr del viento por los frondosos árboles que alguna vez existieron a lo largo de la calzada o el barullo de los incontables alumnos que pasaron horas en sus interiores cuando era sede del Colegio San Luis, del Colegio de Guadalupe, el Liceo Franco Mexicano, el Instituto Científico de México, la Escuela Nacional de Música, o la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México: aquí hay historia.

Hoy en día esas piedras que forman tan exuberante fachada tienen otro referente: el vendedor de mangos en verano, la señorita que ofrece sus productos de belleza o el que brinda artefactos para lesiones junto al juguetero chino. ¿Qué decir del cacharpo cojo que vocifera las dos rutas de peseros que tienen como base la banqueta frente a ella? “Súbale, súbale, a Cuitláhuac, súbale, súbale”. En una sola hora frente a la Casa de los Mascarones pasan centenares de personas; algunas hacen fila a los peseros, otras –como los antiguos paseantes– sólo llevan un destino diferente. La cantidad de ruido generado por los autos es inmensurable, un verdadero caos sonoro y visual que contraviene a la hermosura de la arquitectura del edificio. Pero esto no siempre fue así.

La Casa de los Mascarones ha sido uno de los pocos edificios en el barrio que sobrevivió al paso de “la modernidad”. Inicialmente su construcción había sido pensada para ser una casa de campo fuera de la ciudad, donde prevalecía la calma y la serenidad. Ideada por don José Hurtado de Mendoza, séptimo conde del Valle de Orizaba, quien habitaba en la Casa de los Azulejos, mandó a construirla en el año de 1766, con la típica arquitectura colonial: un patio central rodeado por diferentes habitaciones y un vasto jardín, pero una increíble fachada, digna de su condado. Desafortunadamente para él, la construcción se vio interrumpida por su muerte en 1771. La edificación quedó inconclusa, hasta que fue rematada en una subasta pública en el año 1822.

La fachada conserva las rejas de hierro en sus ventanas, la enorme puerta de madera y, en las bases de las columnas, estípites rematadas con atlantes, los pequeños mascarones que le dan su nombre. Dato curioso, es la primera casa en México que tuvo un sótano habitable. A su lado, en los jardines que fueran parte de esta residencia, los jesuitas levantaron un voluminoso inmueble de portada neoclásica, ocupado desde 1927 por la Escuela Secundaria No. 4 Moisés Sáenz. En 1959, la Casa de los Mascarones fue declarada Monumento Histórico y actualmente es una sede de la UNAM, donde se imparten clases de idiomas y computación.

En todo este tiempo las piedras del edificio han escuchado el paso de revoluciones, guerras e incluso invasiones. Han sido testigo mudo del nacimiento mismo del barrio. Vivieron su máximo esplendor a inicios del siglo XX, justo con la edificación de las grandes casonas que caracterizan a la Ribera. Desgraciadamente, en la actualidad la Casa de los Mascarones presenta un avanzado grado de deterioro sobre la fachada causado por la contaminación, la lluvia ácida y el contacto directo de la gente. Si estas piedras escucharan, resguardarían el eco de un incansable barrio, de una estrepitosa ciudad... Lejanamente un espacio calmo y sereno. Ahí se mantendrá su antigua fachada, tal como la figura de un anciano vigilante que ve correr el tiempo.

III. El barrio y la negociación del espacio público.

“El espacio público, siguiendo a Lefort, es el espacio social donde, dada la ausencia de fundamentos, el significado y la unidad de lo social se negocian.”⁴

La esfera pública se desarrolla en el barrio. Sus espacios de encuentro pueden ser desde una pulquería hasta una plaza con jardín o un tianguis. Es allí donde habitamos y queremos estar porque nos sentimos cómodos; es la jardinera con barandal para ejercitarse, la fuente de los oficinistas y sus toppers de comida, la esquina donde se tira el vagabundo o la banca para tomar café y revisar el *face* al lado de todas esas otras personas que no conocemos. Estos espacios barriales en realidad no pueden definirse y está bien, porque en ello se encuentra la posibilidad de negociárseles continuamente. Siempre que pienso en espacio público pienso en el barrio, y quizá a algún erudito esto le suene a cliché, pero allí sí se aprende a negociar.

En frente de mi casa se encuentra una pequeña plaza con jardín —específicamente atrás del Museo Nacional de San Carlos, en la Tabacalera—, conocida por tener una estatua del Che Guevara. Lo interesante del espacio, más allá de su belleza, es que a diario ocurre un ejercicio continuo de negociación en sus escasos cuatrocientos metros cuadrados. En él se dan cita a toda hora personas de diferentes clases sociales, oficios y profesiones: vagabundos, músicos, oficinistas trajeados, prostitutas, parejas, ancianos, niños y muchas otras corporalidades. No deja de maravillarme cómo es ocupado en posibilidad de funciones como lugar de descanso, dormitorio, de recreación, patio de juegos, cine, lugar de trabajo, para ensayos de bailes, entre tantos otros, y lo más importante: todo en un respeto mutuo entre los usuarios.

Esta plaza es un lugar donde he localizado la posibilidad de existencia de eso que Habermas denominó “la esfera pública plebeya” en su plena realización. Y no estoy intentando idealizar ningún estilo o condición de vida, sino que pienso que a veces existen otras esferas públicas que pueden ser más o menos burguesas y tienen distintos intereses que pueden llegar a ser excluyentes y, por tanto, dominar sobre el uso de los espacios públicos por encima de los intereses de las otras esferas, por ejemplo, en casos donde se expulsa a los indigentes de la plaza por no considerarlos pertinentes y negarles sus intereses vitales sustanciales.

El barrio siempre es un espacio de negociación y eso es lo más importante que hay que atender, es el lugar donde también se desarrolla la esfera pública plebeya en función de individuos que pocas ocasiones tienen la oportunidad de expresar su opinión y participar activamente, como lo hacen en su barrio o simplemente ocupando los espacios que también les pertenecen. No sé qué tanto sirva de algo escribir al respecto o, como me decía Mario, si esto le llegue realmente al barrio, si le sirva o lo lean; lo que sé es que todo momento es propicio para generar discusión sobre lo público, ya sea en la pulquería, en el parque o en este fanzine.

¹Castro, Mirna, “La Xóchitl, bebida para dioses”, en *Voces. Santa María La Ribera*, México: Museo Universitario del Chopo, UNAM, 2015.

²Era la segunda vez que encontraba a un ex militar que me contaba haber participado en ataques a comunidades zapatistas, la anterior ocasión me ocurrió estando con Fran Ilich en el bar Bósforo. El individuo en cuestión también había estado en combate, ahora era un imitador del capitán Jack Sparrow de la película *Piratas del Caribe*.

³Kluge, Alexander y Negt, Oskar, *Esfera pública y experiencia. Hacia un análisis de las esferas públicas burguesa y proletaria*, en Blanco, Paloma et al, *Modos de hacer: Arte crítico, esfera pública y acción directa*, Salamanca, Ediciones, Universidad de Salamanca Ediciones, 2001, p. 229.

⁴Deutsche, Rosalyn, *Agorafobia*, en Blanco, Paloma et al, Op. Cit., p. 295.



SHANGRI-LA, UNA TORTERIA FAMILIAR

Mirna Castro

De acuerdo con algunos registros, el origen de la torta data de 1892, en un lugar no muy lejano a Santa María la Ribera: el centro histórico de la ciudad de México. Pasarían poco más de setenta años para que el señor Filogonio Fernández, junto con su madre y posteriormente, con su esposa, dieran vida a Shangri-la, hoy en día una famosa tortería en el barrio, ubicada en Salvador Díaz Mirón número 34.

Guillermo Fernández, Memo, hijo menor de Filogonio y Victoria Garrido, me platicó cómo surgió la tortería en 1964. “Mi papá y mi abuela tenían un local donde vendían fruta selecta, de calidad, por kilo, tratando de darle una buena imagen, cuidando que se viera bien. Tuvieron tanto éxito que les comenzaron a pedir licuados, y de los licuados se fueron a los sándwiches y las tortas. Así fue como poco a poco se desplazó la venta de fruta para ofrecer desayunos, y sobre todo les pedían tortas. Mi papá, aún vendiendo fruta, conoció a mi mamá que en ese entonces cocinaba y vendía barbacoa; ella le enseñó a pesar en gramos. Desde que se conocieron fue como una asociación de ideas, después se casaron y juntos decidieron enfocarse a la venta de tortas, pero con un sabor propio y original. Comenzaron a tomar cursos de cocina y a recorrer varias torterías famosas donde iban descubriendo ciertos sabores y estilos para formar el propio, el Shangri-la”.

De acuerdo con Memo, el nombre de la tortería lo tomó su padre en un viaje que hizo a Córdoba, Veracruz, cuando aún trabajaba de cartero en la oficina de correos; en su camino pasó por un naranjal el cual se llamaba Shangri-la y le gustó. Después, investigando el origen de la palabra descubrieron que es el topónimo de un lugar ficticio creado por James Hilton en 1933 para su novela *Lost Horizon* (Horizonte perdido), y hace referencia a un monasterio tibetano, pero el término también se aplica para designar a cualquier paraíso terrenal (que sin duda para cualquier persona con hambre un puesto de tortas puede ser su paraíso personal). “El negocio siempre ha sido familiar. En un principio fueron mi padre y mi abuela, poco después mi madre y por un tiempo mis tíos. Estaba ubicado en la misma calle, Díaz Mirón, pero en el número 66; tiempo después se cambiaron para esta casa”, me comentó Memo. Además existe otro núcleo familiar dentro del Shangri-la, y no es sólo por la relación laboral de poco más de veinte años trabajando en la tortería, sino porque casi todos los trabajadores son una misma familia proveniente de Veracruz.

Todo el menú de tortas es creación de los señores Fernández y Garrido. El toque que descubrieron hace cincuenta años fue ponerle un trozo de piña a la torta: quién diría que ese pequeño detalle haría la diferencia. La torta que lleva el nombre del negocio es la que preparan con pollo, tocino, queso y, por supuesto, piña. Las combinaciones de ingredientes son muy mesuradas, para no afectar los sabores tan deliciosos, aunque acaban de sumar dos nuevas ofertas, la “Atasqueitor” y la “Leidy de Santa María”, ambas solicitadas y “confeccionadas” por los mismos clientes, en su mayoría vecinos de la colonia.

Memo lleva gran parte de su vida aprendiendo el negocio, desde niño acompañaba a su padre a la Central de Abastos y a pesar de que muchas cosas cambian, procura continuar con los mismos proveedores, ya que sabe que les brindan calidad óptima en sus productos. Todos los ingredientes se preparan en el local; se rebana la pierna, el jamón, digamos que lleva algo de artesanal y por qué no decirlo: gourmet. Pero no sólo encontramos tortas, podemos disfrutar de desayunos y comidas corridas. Ante esto me surge la duda de cuál fue la razón de ampliar el servicio a una fonda. “El espacio en el local anterior era muy reducido, así que por eso nos cambiamos para acá en 1983. Sin embargo, aquél lugar era mágico ya que hasta la fecha no hemos logrado vender ni la mitad de tortas que vendíamos allá. Aquí el espacio es muy grande y la gente lo vio y comenzó a pedir más comida, así que sin ser muy conocedores del ramo nos aventamos a vender comida corrida y desayunos. Todo ha salido muy bien con el apoyo de nuestros clientes”.

Después de la charla que tuve con Memo ya se me habían antojado todas las tortas. Por desgracia ya había comido. Sin embargo, de acuerdo a su recomendación pedí un café capuchino, receta especial de la señora Garrido. Pocas veces me sorprende al probar un café, sobre todo si es un restaurante o fonda, pero éste vaya que me pareció especial. No daré el secreto de la receta, aunque muy amablemente me lo dijeron. Extendiendo la charla sobre el barrio, Memo me comentó que sus padres siguen viviendo en Dr. Atl desde hace casi ochenta años. Él y sus hermanos se han mudado, pero me confiesa que en realidad nunca se ha separado de la Ribera y que probablemente le gustaría morir aquí, atendiendo a sus clientes y amigos en Shangri-la. Qué placer conocer gente con un fuerte compromiso y con una gran calidad en su trabajo y productos.



DECADAS RASPANDO EL HIELO

Julio Cárdenas

“Mi nombre es Taurino Valdés Falcón. Aquí en el parque de Santa María la Ribera tengo treinta y ocho años con este pequeño negocio de raspados; ya son tradicionales y tienen una gran historia. Nos pueden encontrar los puros domingos, nada más. A la gente de la colonia le ha gustado mi tradición, siempre se han portado bien conmigo. Ellos me dicen 'lo apreciamos porque lo conocemos de años; congeniamos, familiarizamos con todo el gremio de comerciantes, pero principalmente con usted porque tiene más años que todos'. Viene gente de muchas partes del centro de la ciudad, de Texcoco y hasta de Pachuca. A veces vienen de sus pueblos, de Querétaro, Guanajuato o Michoacán. Yo vengo de la colonia Esmeralda, por ahí cerquita de la Villa”.



“Todos los ingredientes que vendo, los saborizantes, son muy especiales, ya que nadie más los hace. Yo inventé varias combinaciones de pasas, pistache, cacahuete, durazno, cajeta, coco y muchas más. Los que más me gustan son los de nuez, piña colada, piñón, pistache y café almendrado. El chiste es hacer los sabores con mucha limpieza y usar ingredientes puros, naturales. El piñón es natural, por ejemplo, o compro la nuez y la elaboro con miel y leche. Así el pistache y el café almendrado. Todos los sabores están preparados con leche condensada o leche evaporada. No uso nada de agua, pura leche o rompopo. Los raspados de más antaño son los de limón o grosella, pero los que inventé son los más especiales”.

“Tengo a mis nietos que participan en el negocio. Dos nietas y un nieto. Yo ya tengo ochenta y dos años, por eso ellos me han ayudado desde chiquitos. De este negocio vivo y a mi edad no es fácil, pero hay que seguir trabajando hasta que Dios me diga 'ya deja de hacer raspados'. Mi esposa murió recientemente y lo he estado resintiendo directamente, porque cuando levanté este negocio ella me ayudó mucho a empezar y elaborar todas las cosas. La he sentido mucho, es lo que más resiento en mi vida. Todos estos años me ayudó mucho”.

“Hace varios años el parque era muy bonito, aunque durante un tiempo decayó. Recuerdo que había unos leones en las escaleras del kiosco, pero vino no recuerdo qué presidente, cuando 'la Tigresa' era su novia, y le regaló los leones. Eso no me pareció bien, no sé por qué lo hicieron; regalar algo que es de la nación, de todos los habitantes de aquí y que todos los que visitan el parque podían ver. Últimamente el parque ya se renovó, le pusieron nuevos barandales, hay plantas que nacen bonitas y sanas. Estoy contento con eso, porque el parque ya está en mejores condiciones. Era un terregal, los perros hacían mucha tierra y dejaban muy sucio. Ahora hay más limpieza y mejoramiento. Es más familiar, porque la gente ve más higiene y hay más plantas. Me gustaría que sembraran más”.





Portada y serie fotográfica a lo largo de este fanzine por Rogelio Nobara

TALLERES LIBRES DEL CHOPO

AGOSTO - DICIEMBRE 2015

ADOLESCENTES Y ADULTOS: APRECIACIÓN CINEMATOGRÁFICA . FOTOGRAFÍA BÁSICA
INICIACIÓN A LAS ARTES PLÁSTICAS . DIBUJO . REDACCIÓN . PSICOLOGÍA DEL ARTE
REDACCIÓN E INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA . PERIODISMO CULTURAL . ESCRITURA
AVANZADA . ESCRIBIENDO AUTOBIOGRAFÍA Y BIOGRAFÍA . DANZA CONTEMPORÁNEA
EL *DANCING* EN MÉXICO . TEATRO PARTICIPATIVO . YOGA . TAICHI CHUAN . INICIACIÓN
AL MOVIMIENTO DEL CUERPO . SENSIBILIDAD CORPORAL . BIOENERGÉTICA . MODELADO
EN ARCILLA Y BARRO . **JÓVENES:** TEATRO . **NIÑOS:** INICIACIÓN A LAS ARTES PLÁSTICAS
MODELADO . BALLET CLÁSICO . TEATRO . HISTORIA DEL ROCK

PERIODO Y HORARIO DE INSCRIPCIONES:


8 junio a 3 julio; 27 julio a 28 agosto; lunes a viernes; 9:00 hrs. a 14:00 hrs.


MÁS INFORMACIÓN:

5546-8490 y 5546-5484 ext. 100 y 123

chopo_educativo@hotmail.com, www.chopo.unam.mx



 Amigos del Museo del Chopo

 @museodelchopo

MUSEO UNIVERSITARIO DEL CHOPO

DR. ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ 10

T. +52 [55] 55468490

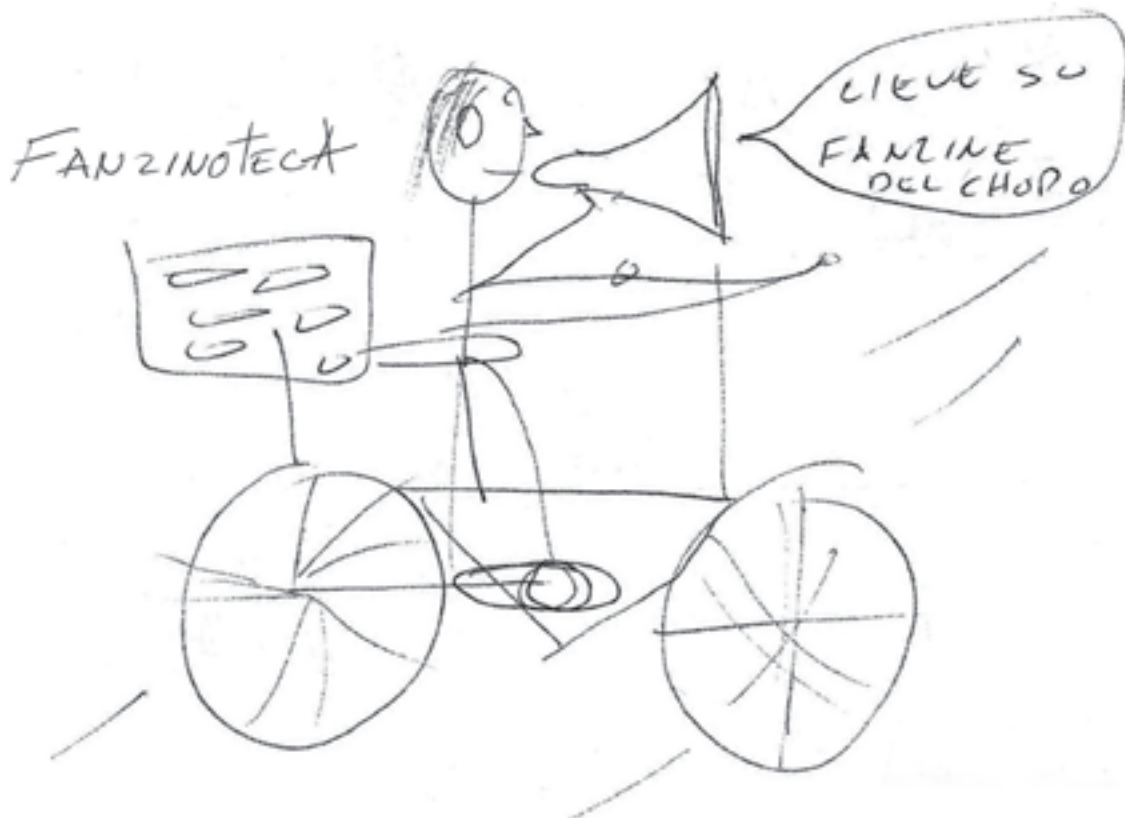
www.chopo.unam.mx

VOCES

Santa María la Ribera

Mariana Ampudia / Julio Cárdenas / Nelly Carrillo / Mirna Castro / Colectivo URBE / Alejandro Gómez Arias, "Meme" / Diego Martínez / Daniela Moreno / Rogelio Nobara / Ricardo Pineda / Leonardo Santiago / Mónica Sorroza / Karina Torres / Iker Vicente

Fanzine coordinado por Israel Martínez, producido por el Museo Universitario del Chopo y distribuido gratuitamente a través de perifoneo por Santa María la Ribera y zonas aledañas.



"Las opiniones expresadas son de exclusiva responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente el punto de vista del Museo Universitario del Chopo".



MUSEO UNIVERSITARIO DEL CHOPO

DR. ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ 10

T. +52 [55] 55468490

www.chopo.unam.mx

 Amigos del Museo del Chopo  @museodelchopo